



nicipales llegaron á ser reales; el clero un simulacro, y el tercer Estado una fábrica: el pueblo aplaudía en los espectáculos: los escritores, en vez de censurar, adulaban: se introdujo aquella uniformidad que es el fin á que se dirige el despotismo: todo tomó por centro la unidad real y la ministerial, la monarquía triunfó, y el palacio del rey no tuvo ya necesidad de hacer la guerra á los castillos.

Sólo por medio del temor y de la admiración llegó Luis á realizar su expresión de *el Estado soy yo*: se apropiaba la gloria de los

grandes hombres que tuvo la fortuna de hallar, y el talento de servirse de ellos: y nadie supo jamás ejercer tan bien lo que él llamaba *el oficio del rey*. La Francia, que se veía elevada á tan alta consideración é imitada por los extranjeros; que miraba abatidos á los antiguos partidarios de la Fronda, y que no oía de sus brillantes literatos más que los aplausos y el vilipendio del pasado, aceptó como una gloria sus doradas cadenas, y creyó también que el Estado era el rey.

CAPÍTULO VII

Guerras.—Holanda.

¡Cuán dichosa habría sido la Francia si Luis no hubiese corrompido aquella prosperidad por satisfacer su deseo de adquirir gloria y manifestar superioridad! Humillada el Austria en la paz de Westfalia y en la de los Pirineos, la Francia se presentaba como un gigante en el ánimo de todos por haber dado la paz á la Europa; Luis tenía de su parte á los príncipes del imperio, de cuya libertad había respondido; había estrechado sus relaciones con la Inglaterra, obteniendo por su medio á Dunkerque y á Mardik; había renovado la alianza con los suizos, y sujetado á los corsarios del Mediterráneo.

Pero los aduladores le decían con frecuencia, que siendo, como era, superior á los otros reyes, debía reunir el imperio de Carlomagno: y el abate Colbert, en nombre del clero le decía asimismo: «Oh rey, que das leyes al mar y al continente que cuando te places; lanzas rayos sobre las costas africanas; que deprimas el orgullo de los pueblos, y si quieres obligas á sus soberanos á reconocer de rodillas el poder de tu cetro y á implorar tu misericordia...» Mucha mayor influencia tenía sobre él el parisiense Francisco Louvois, ministro de la Guerra, hombre de gran actividad, pero violento, altivo y tenaz, que ejercía gran

influencia en el ánimo del joven rey, y era enemigo del ministro Colbert y de su hijo Seignelay, ministro de Marina. Louvois quería anular el sistema de rentas que aquéllos establecieron; arruinar la marina, que había tomado incremento durante su administración; y emplear medios hostiles en lugar de las prácticas conciliadoras que usaba el otro ministerio. Mientras Colbert consideraba el oro como instrumento, la corrupción como medio, y como resultado una paz digna, noble y ansiada, Louvois, para hacerle la contra y presentarle obstáculos, deseaba la guerra y la conseguía trabajando con empeño el lado débil de Luis, es decir, la ambición, induciéndole á que fuese el Marte del siglo, y que no malgastase el tiempo en el comercio, como los holandeses, persuadiéndole que era una señal de fuerza el no tener aliados: «La divisa más justa es la de V. M.,» sólo contra todos.

La Francia estaba en una posición demasiado favorable para convertirse de árbitra en conquistadora. Tenía á su disposición los ejércitos que habían vencido en Rocroy, en Friburgo, en Nordlingen, en Sommershausen, en Lenz y en las Dunas.

Los simples soldados no tenían la idea de patria, pero sí un vivo cariño hacia su país, y



estaban acostumbrados á las fatigas de la azada y á oír las relaciones de las guerras de religión. La juventud noble gustaba de los peligros de la guerra; así que se veía á la flor y nata de los jóvenes elegantes, que despues de haber pasado el invierno en los placeres, vendian sus muebles y sus haciendas para hacer frente á toda clase de privaciones y desafiar como héroes, á la muerte. «Tantos valientes como veía, llenos de celo por mi servicio (dice Luis) me parecía que solicitaban á cada instante les presentase ocasion en que pudieran mostrarme su valor. A la primer noticia de la guerra de Flándes, mi córte se aumentó en un instante con una multitud de caballeros que me pedian les confiase algun cargo.» Estos le hicieron creer, que un rey de Francia debía tener siempre la espada en la mano, y especialmente un rey que en 1668 escribia al mariscal de Villars: *Engrandecerse es la mas digna y grata ocupacion de un soberano.* Por otra parte, para reunir y concertar el poder no hay medio mejor que la fuerza militar, elemento de que disponia entónces el rey, y que se hallaba separado de la sociedad civil, para contener por dentro y combatir por fuera.

La guerra habia empezado en aquel tiempo á ser ciencia. En la edad media no habia ejército, pero habia una valiente nobleza, cubierta de hierro y rodeada de arqueros armados á la ligera, cuya táctica consistía en la lucha de hombre á hombre y de compañía á compañía.

En tiempo de la Liga, España habia dado mucho que hacer con sus grandes marchas á la destreza de los escuadrones ligeros del Bearnés. La guerra de los Países-Bajos mejoró el arte de los asedios, la artillería y las combinaciones estratégicas. Gustavo Adolfo observó que en los ejércitos no es tan necesaria la fuerza material, como la moral, y nació el arte de combatir por batallones ordenados, y de los vastos planes combinados por medio de la reflexion.

Tres escuelas militares se conocian entónces. La alemana se adelantaba en grandes masas de caballería armada de coraza, que fácilmente era muerta ó dispersada por el cañon; la española adoptó el órden cerrado, pero con menor

caballería y formando trincheras y cuadros de lanzas, arreglando prudentemente las marchas para no aventurar el combate si no estaba segura del éxito. Habian pasado sus buenos tiempos y la aventajaban los franceses, los cuales, si por su impetuosidad habian experimentado frecuentes descalabros, entónces se dejaron guiar por la prudencia de Turena, que en Rocroy confirmó la superioridad de la infantería francesa sobre la española. Las reformas que Luis estableció en todo, se introdujeron del mismo modo en el ejército; fueron alistados en él las personas que estaban acostumbradas á la insubordinacion en las revoluciones pasadas; se uniformó de una manera igual á todos los regimientos, y se eliminó á los soldados rebajados, que figurando únicamente en los dias de revista, disfrutaban los mismos privilegios y el mismo haber que los otros; al principio se fijaron cuatro granaderos por compañía, despues una compañía de éstos para cada regimiento de infantería, y otro regimiento de húsares y de bombarderos; se aumentaron los dragones, se establecieron paradas de caballos, escuela de artillería y un cuerpo de ingenieros, haciéndose general el uso de la bayoneta.

Es bien sabido que los grados no se concedian más que á los nobles; pero la mucha influencia que tenian éstos sobre los soldados, y el exagerado sentimiento de su dignidad habrian sido un embarazo para el rey si hubiera querido convertir al ejército en ciego instrumento de perfidia ó de tiranía. El haber uniformado á todos los oficiales fué un gran paso contra el orgullo de los nobles, que en el ejército trataban de igual á igual á los generales y pretendian hasta alternar con Turena, porque éste no tenía en la sociedad una categoría superior á la suya. Se abolió el cargo de coronel general á quien al principio correspondia el mando superior, y el rey fué el verdadero jefe del ejército. Instituyóse el Orden de San Luis para recompensar el valor: hizose ménos triste la vejez del soldado, disponiendo un excelente asilo para los inválidos, así como las compañías de cadetes para los jóvenes. Además en 1668 creó Luis treinta regimientos de milicianos nacionales, vestidos y armados por los Comu-



nes, y que aprendian los ejercicios sin abandonar el campo. De este modo llegó á tener á sus órdenes cuatrocientos cincuenta mil hombres armados, á quienes hizo observar la más severa disciplina; restableció depósitos militares, y edificó admirables fortalezas.

Estas fueron construidas por Sebastian Vauban, de Borgoña, á quien Mazarino, excelente conocedor de los hombres, empleó en los reales ejércitos, con los que asistió á varios sitios y vió el modo de mejorar las defensas y los ataques, llegando á ser pronto el famoso ingeniero del gran rey, en cuyo reinado hizo construir treinta y tres plazas fuertes, nuevas, reparar trescientas antiguas, dirigiendo cincuenta y tres asedios y tomando parte en ciento cuarenta hechos de armas. No inventó él el arte que los italianos habian sobresalido, segun se habia visto muchas veces en la larga guerra de Flándes; pero supo hacer conveniente aplicacion de los adelantos; consiguió sin haber escrito ninguna obra de táctica, que se le atribuyesen las mejoras sucesivas, y sobre todo, poseia á la vez el arte de las fortificaciones y el de la estrategia. No pasarémos en silencio que su continuo anhelo era economizar la vida de los soldados y de los ciudadanos pacíficos, á lo cual se dirigia su sistema de las paralelas y de las plazas de armas usadas antes que en ninguna parte en el sitio de Maestricht, y sus ideas «sobre el ataque y la defensa de las fortalezas.»

Para Luis era otra señal de grandeza, no sólo tener muchas fortalezas, sino que éstas fuesen suntuosas; y Vauban, despues de haber procurado demostrarle que además de producir gastos inútiles, era necesaria infinidad de gente para defenderlas, las situó en los puntos más á propósito para las vastas operaciones militares. Las mismas fortalezas servian para contener á las ciudades, y tambien para que no reclamasen, sublevándose, derechos que la ley llamaba rebeliones; cesando asimismo los gobernadores de ser bajas de las provincias.

Las armadas adquirieron tambien en aquel tiempo gran importancia: se habian empleado en ellas los terribles descubrimientos de la artillería, y hacian presentir que «el cetro del

mundo seria el tridente de Neptuno.» Se componian en su mayor parte de galeras, y eran movidas por hombres, como hoy lo son por el vapor. Los condenados por delitos comunes, y los berberiscos hechos prisioneros acostumbrados á la indómita libertad de los desiertos de Africa ó de los bosques de Europa, eran encadenados bajo cubierta y obligados á hacer esfuerzos lentos y mecánicos, que fatigaban horriblemente, y que sin embargo les dejaban toda la reflexion para conocer el peligro, del cual no podian aliviarse gritando; ántes bien, les tapaban la boca para que no incomodasen á los jefes con sus voces en el acto de dar la batalla. Para que secundasen la impaciencia del capitán eran castigados duramente; y tenian que arrojarse en un fuego que no veian, siendo heridos por las armas enemigas sin experimentar la exaltacion que produce el conflicto, y sin esperar despues de la victoria los parabienes y la alegría salvaje de la mortandad y del saqueo.

El bearnés, Bernardo Renau, que habia estudiado ántes la teoría, dirigió sus profundas meditaciones á resolver los problemas más difíciles de la construccion de las naves, y expuso como por casualidad combinaciones muy estudiadas, teniéndolas como sencillas y admirándose de que otros no hubiesen pensado en ellas. En su *teoría naval* se propuso hacer más ligeras la proa y la popa, quitándoles sus grandes castillos; dar ménos redondez á las naves y sobre todo reducir á un solo calibre los cañones, evitando el gran embarazo que ocasionaba la confusion de las cargas. Cada maestro tenía un *secreto de construccion* propio, que no queria someter á las pruebas de la experiencia. Renau propuso á Colbert el establecimiento de una escuela pública de construccion naval y un cuerpo de ingenieros, que evitó aquel monopolio; é hizo de las naves un epílogo de todos los conocimientos físicos y matemáticos.

Dunquerque se distinguió especialmente por sus buenos marineros, y produjo además atrevidos corsarios que volvian á su país con ricas presas. Allí nació Juan Bart, que fué discípulo de Ruyter, hasta que declarada la guerra en-



tre Francia y Holanda, volvió á su patria, y habiendo armado una nave en corso, se hizo tan notable por su intrepidez é inteligencia, que el rey le tomó á su servicio. Bart fué célebre como representante de la grandeza marítima de Francia, del mismo modo que Bayardo de la caballerescas. Hijo del pueblo, jamás negó su origen, y á pesar de los grados que mereció por su valor, siempre se conservó franco y sencillo, á fuer de marinero, en medio de los almibarados nobles, los cuales tenían á honra el pertenecer á la escuadra que mandaba, sufrían sus repulsas y le seguían en los ataques más peligrosos. Aun cuando fué á la corte no rindió homenaje ni á los caballeros ni á las señoras que acudían á ver el *oso*; un día que el rey le hizo esperar en la antecámara, sacó la pipa y se puso á fumar, y ni á un delante del rey moderaba la energía de su lenguaje marino. Juan, le dijo el rey: *Te he nombrado jefe de escuadra; Señor, habeis hecho bien*, le respondió. Los cortesanos prorumpieron en una risa de desprecio, pero Luis, que quería manifestar que conocía su grandeza de alma, añadió: *Vosotros no le habeis comprendido. Es la respuesta de un hombre que sabe lo que vale y desea darme nuevas pruebas*. Sus extraordinarias empresas rayan en lo fabuloso, pero ninguna produjo grandes resultados, y se decía que *sólo valía en su buque*. Siempre conservó las costumbres de corsario, pues no retrocedió nunca delante de fuerzas mayores, y se hallaba dispuesto á quitarse la vida ántes de entregarse; de modo que tenía siempre en continuo sobresalto á los holandeses y á los ingleses. Hizo frente con siete fragatas á treinta y dos naves inglesas que bloqueaban el puerto de Dunquerque, y al día siguiente cogió cuatro de ellas con un rico cargamento. En aquella campaña prendió fuego á más de ochenta naves enemigas, desembarcó en Newcastle y la saqueó, volviendo con millon y medio de botín: dispersó con tres navíos de guerra la armada holandesa del Báltico, cargada de granos, y apresó diez y seis naves mercantes; impedía el transporte de suministros á los enemigos, y abría paso á las de los amigos.

Duguay-Trouin, también de origen popu-

lar fué émulo suyo, y á su atrevimiento unía el estudio, que Bart desdenaba.

Richelieu, habiendo encajado á la Francia sin un solo navío de gran porte, declaró puerto militar á Brest, ciudad de pescadores, y compró ó mandó se hiciesen treinta y cinco naves y diez galeras. La marina, que había decaído de nuevo durante la Fronza, volvió á tomar incremento gracias á los cuidados de Lionne, que compró y construyó naves y aparejos, estableció en Amsterdam una fundición de cañones, y llamó constructores holandeses, maestros de arboladuras, herreros suizos, tejedores de velas y fabricantes de cuerdas del Báltico: se abrieron nuevos puertos y se ensancharon otros; y en 1666 el duque de Beaufort mandaba contra los ingleses una armada de treinta y cuatro navíos con diez mil quinientos cincuenta y seis hombres: la marina francesa contaba al año siguiente cincuenta y nueve navíos, de los cuales dos eran de ochenta cañones; cinco fragatas de veinte á catorce cañones; seis menores, nueve fustas, trece brulotes, cinco buques de guerra y mercantes, de cuarenta á diez cañones, tres galeones, además de otras naves ligeras que componían entre todo ciento diez, con tres mil setecientos trece cañones y veintinueve mil novecientos quince hombres de tripulación, sin contar los oficiales.

Luis llegó á adquirir este poder poco á poco, pero los que le rodeaban se lo hicieron presentir sin tener en cuenta los padecimientos del pueblo. Hallándose, pues, en su mayor auge, con el ejército más aguerrido de Europa, con generales esclarecidos, entre los cuales basta recordar á Conde y á Turenna, y con muchos jóvenes nobles, deseosos de distinguirse, de quienes debían salir los Catinat, los Vendome, los Vilars, y distinguidos ingenieros como Clairville, Meringny, Choisy y Vauban, se llenó de orgullo y precipitó á la Europa en cuatro guerras, la última de las cuales condujo á Francin al borde del abismo.

Las paces de Westfalia, de los Pirineos y de Oliva habían arreglado las disensiones del centro, del Mediodía y del Septentrion de Europa, debilitando á Austria, España, Dinamar-



ca y Polonia en favor de la Francia, de la Confederación Germánica y de la Suecia, fijando los territorios y el derecho público, quitando á unos las razones, á otros la voluntad y á otros los medios de renovar las hostilidades. Difícil era, pues, turbar la paz; pero Luis aprovechó para hacerlo todos los pretextos que se le ofrecieron. Empezó á abrogarse superioridad sobre las potencias que hasta entonces había tratado como iguales. Habiendo rehusado el embajador de España en Londres ceder el paso al suyo, ocurrió una disputa: Luis amenazó á Felipe, y éste le dió una satisfacción reconociendo la preeminencia de la Francia. El embajador francés tenía en Roma criados que inquietaban el país y proporcionaba asimismo asilo á los malvados; pero la guardia corsa, irritada con tan repetidos insultos, atacó el palacio y lo saqueó, matando á un paje é hiriendo á algunos criados. Luis mandó á pedir reparación, y como ésta tardase en llegar, ocupó á Aviñon, desterró al nuncio, y se determinó á entrar con diez y ocho mil soldados. En vano Alejandro VII hizo castigar á los culpados: Viena y España permanecieron impasibles al ver aquel abuso de fuerza contra el débil, y el papa, falto de tropas, tuvo que humillarse al poderoso, desterrar á su propio hermano, acusado como cómplice, enviar á su sobrino el cardenal Chigi á pedir perdón, disolver la guardia corsa, levantar una pirámide con una inscripción en la que se manifestaba la injuria cometida y la reparación, y obligarse hasta ceder algunos territorios á los duques de Parma y Módena.

Estos eran preludios de mayores violencias. Dos naciones le hacían sombra, España que era su enemiga por herencia, y parte de cuyo territorio quería usurpar, y Holanda á la que deseaba igualar en el mar.

Cuando murió Felipe IV le pareció ocasión oportuna de realizar sus premeditados designios, reclamando parte de los bienes de aquél á nombre de su mujer María Teresa. Esta había renunciado á la herencia paterna, pero se tenía por caducada la promesa en atención á que no le había sido pagado el dote. Además era costumbre en algunos países de Flándes que cuando un viudo ó viuda contraían segundas

nupcias se devolviese la mitad de los bienes inmuebles á los hijos del primer matrimonio, no quedando al padre y á la madre más derecho que el usufruto de ellos. Luis quiso hacer extensiva esta costumbre particular á aquel caso público; y como Carlos II, era hijo del segundo matrimonio de Felipe IV, y María Teresa del primero sacó á plaza el *derecho de devolucion* sobre Brabante, Malinas, Amberes, el Güeldre Superior, Namur, Limburgo, Hainaut, Artois, Cambrai, el Luxemburgo, el Franco-Condado y parte de Flándes, á pesar de que las leyes fundamentales de España establecían la indivisibilidad de la monarquía; mezquino pretexto puesto en juego despues de tomada semejante disposición; sin embargo, en la guerra de pluma que se empezó entonces, halló muchos defensores.

«Creiendo que el mejor medio para conseguir buenos resultados era sorprender á los enemigos con mi actividad, y entrar armado en su país antes que ellos tuviesen lugar de hacerme frente, lo dispuse todo insensiblemente para empezar esta campaña más pronto de lo acostumbrado; amontonaba en cada plaza granos, harinas, forrajes, pólvora, balas, cañones y lo demás que era necesario; pero sobre todo seguía instruyendo cuidadosamente á las tropas que se hallaban más próximas á mí, para que, siguiendo mi ejemplo, los oficiales aprendiesen á tomar tanto interés como yo con las tropas que mandaban.» En breve invadieron á Flándes tres ejércitos dirigidos por el rey, que iba haciendo su aprendizaje con Turenna, los cuales fueron provistos de todo lo necesario por Colbert y Louvois. Mientras que los españoles llenaban la Europa de quejas y desconfianza, no habían dispuesto ejércitos, ni dinero, ni aliados; así que Luis no combatió, sino triunfó; Vauban fortificó las plazas con nuevos métodos, y Luis volvió entre los aplausos haciendo alarde de su moderación en detenerse en medio de los triunfos.

La España, considerando insuficientes sus propios recursos trató de hacer creer á los otros reinos que les amenazaba un peligro común para que la defendiesen por su propio interés. La determinación de Luis ofendió á Leopoldo de